

Lev Davidovich (Trotsky)

Jan Van Heijenoort

1959

(Publicado en *Quatrième Internationale*, número 8, septiembre-octubre de 1959. Versión castellana desde: <https://www.marxists.org/francais/heijenoort/works/1959/10/lev.htm>)

Cuando Engels, reverenciado patriarca de la socialdemocracia internacional, se apagó en Londres apaciblemente y cargado de años, llegaba a su fin el siglo que separaba las revoluciones burguesas de las revoluciones proletarias y el jacobinismo del bolchevismo. La transformación del mundo anunciada por Marx estaba a punto de convertirse en tarea inmediata y los revolucionarios iban a conocer vicisitudes sin igual. Y de hecho, las cabezas de los tres mayores líderes revolucionarios después de Engels sufrieron los golpes de la reacción. El historiador del futuro no dejará de ver en este hecho una de las características de nuestra época. Igual que tampoco dejará de notar el origen de esos golpes. La cabeza de Lenin resultó alcanzada por la bala de la “socialista revolucionaria” Fanny Kaplan. La cabeza de Rosa Luxemburg fue aplastada bajo la bota de la soldadesca del “socialdemócrata” Noske. La cabeza de Trotsky estalló bajo los golpes del piolé de uno de los mercenarios del “comunista” Stalin.

Con sus bruscos saltos y sus accesos de fiebre, nuestra época de crisis devora a los hombres y partidos cada vez más rápidamente. Aquellos que ayer a penas representaban a la revolución devienen los instrumentos más negros de la reacción. Esta lucha a muerte entre la cabecera del proceso histórico y su furgón de cola, pesado y arrastrando ha revestido uno de sus aspectos más dramáticos en el duelo Trotsky-Stalin, precisamente porque esta lucha se desarrollaba con el telón de fondo de un estado obrero ya establecido. Trotsky, llevado a la cumbre del poder por la explosión revolucionaria de las masas, perseguido y acosado cuando se sucedieron las derrotas del proletariado, se convirtió la misma encarnación de la revolución.

Estuvo dotado por un sorprendente físico. Lo que impresionaba en primer lugar era su frente (fenomenalmente alta y vertical sin un amago de calvicie fuera por lo que fuese). Después estaban sus ojos, azules profundos, dotados de una mirada potente y segura de su poder. Durante su estancia en Francia, Lev Davidovich muy a menudo tenía que viajar de incógnito a fin de simplificar los problemas de su seguridad. Entonces se rasuraba su perilla y peinaba sus cabellos hacia un lado, con una raya. Pero cuando estaba a punto de abandonar la casa y fundirse con la masa yo siempre estaba nervioso: “No, no es posible... el primero que pase lo reconocerá, no puede cambiar esa mirada...”. Después, cuando Lev Davidovich empezaba a hablar, lo que llamaba la atención era su boca. Ya hablase una lengua extranjera o la rusa, sus labios se esforzaban en formar las palabras claramente. Le irritaba escuchar los discursos confusos y precipitados de los otros, y se obligaba siempre en expresarse con una perfecta claridad. Solo cuando se dirigía en ruso a Natalia Ivanovna su elocución

devenía más rápida y menos articulada, descendiendo a veces hasta el nivel del murmullo. Cuando en su oficina hablaba a un visitante, sus manos, que colocaba al principio al borde de su mesa de trabajo, comenzaban muy pronto a describir grandes gestos confirmadores, como si ayudasen a los labios en la expresión de su pensamiento. Su rostro aureolado por sus cabellos, el porte de su cabeza y de todo su cuerpo, eran siempre nobles y majestuosos. Su estatura sobrepasaba a la media, su torso era potente, sus espaldas anchas y robustas y, en comparación, sus piernas parecían un poco pequeñas. A un visitante ocasional le era sin duda alguna más fácil dar una impresión sobre el rostro de Trotsky que sobre con quien, bajo las más variadas circunstancias, se hubiese mantenido a su lado durante años.

La única expresión que nunca vi en él es la de la vulgaridad, por más débil que fuera esa expresión. Igualmente, tampoco había la mínima posibilidad de encontrar en él lo que se puede llamar ingenuidad. Pero no carecía de cierta dulzura que provenía, sin duda alguna, de la formidable inteligencia cuya facilidad para captar cualquier cosa siempre era perceptible. Se le podía ver con un juvenil entusiasmo hacia cualquier cosa que pusiera en marcha, y al mismo tiempo era lo bastante fuerte como para llevar al resto a cooperar en esa empresa. Cuando se trataba de poner en apuros a un adversario, esta especie de alegría se transformaba rápidamente en ironía, mordaz y maliciosa, que alternaba con una expresión de menosprecio, y cuando el enemigo era particularmente vil podríais haber encontrado en un instante como una sombra de hostilidad. Pero su vivacidad volvía rápidamente. “¡Vamos a ponerlos en un compromiso!”, decía entonces animadamente. En la soledad de su exilio, las circunstancias más dramáticas en las que he podido ver a Lev Davidovich fueron sus altercados con la policía o incidentes con adversarios de mala fe. Cada vez que ocurría esto se endurecía su rostro y sus ojos lanzaban destellos, como si se hubiese concentrado en ellos, súbitamente, este inmenso poder de volunta que normalmente sólo se podían medir por los trabajos de su vida entera. Entonces era evidente que nada, nada en el mundo, le habría hecho moverse ni un milímetro.

Cómo trabajaba Trotsky

En la vida cotidiana, esta fuerza de carácter se manifestaba en un trabajo estrictamente organizado. Cualquier perturbación sin motivos válidos lo irritaba enormemente: sentía horror de las conversaciones sin objeto, de las visitas imprevistas y de los compromisos no mantenidos o rechazados. Se puede estar seguro que no tenía la más mínima traza de pedantería. Cuando se presentaba una cuestión importante él no dudaba ni un instante en cambiar todos sus planes, pero tenía que ser por algo que valiese la pena. Si la cuestión tenía el menor interés para el movimiento, le dedicaba sin regateos su tiempo y energías pero se mostraba avaro en alto grado cuando la negligencia, la indiferencia o la mala organización de los otros amenazaba con malgastarlos. Economizaba la más pequeña parcela de tiempo, la más preciosa materia de que está hecha la vida. Su vida personal entera estaba regida por una cualidad llamada unidad de objetivo. Había levantado una jerarquía de deberes y llevaba a cabo lo que fuese que hubiese empezado.

Tenía como regla no trabajar menos de doce horas diarias y a veces, cuando ello era necesario, mucho más. Se mantenía en la mesa lo menos posible y tras haber asistido a sus comidas durante numerosos años no podría decir haber notado jamás en su cara la menor marca de placer por lo que comía o bebía. “Comer, vestirse, todas esas miserables cosas que hay que volver a hacer cada día...” me dijo una vez.

Solo encontraba entretenimiento en una gran actividad física. La simple marcha a penas era para él una distracción. De vez en cuando planteaba esta pregunta:

“¿Cuándo ha respondido usted a esta carta?”. “¿Me puede encontrar esta cita?”. Sólo un ejercicio físico violento le procuraba distracción. En Turquía era la caza y especialmente la pesca en aguas profundas, difícil y movida, en la que el cuerpo tenía que consumirse sin cuentas. Cuando la pesca había sido buena, es decir fatigosa, comenzaba a trabajar a la vuelta con un redoblado entusiasmo. En México, cuando la pesca fue imposible, inventó la recolección de cactus, de un enorme peso, bajo un sol infernal.

Naturalmente que las necesidades de su seguridad creaban ciertas obligaciones. Durante los once años y medio de su tercera emigración, sólo durante algunos meses, en determinados momentos durante su estancia en Francia y Noruega, Lev Davidovich pudo pasear libremente, es decir sin guardaespaldas, por el campo que le rodeaba. Por regla general cada uno de sus paseos constituía una pequeña expedición militar. Era necesario tomar todas las disposiciones por adelantado y fijar cuidadosamente su itinerario. “Me lleváis como a un objeto”, decía a menudo ocultando tras una broma cuánta impaciencia podía contener esta observación.

Exigía a los camaradas que le ayudaban el mismo espíritu metódico que utilizaba en su propio trabajo. Cuanto más próximos eran sus colaboradores más les exigía y menos se preocupaba con formalidades. Deseaba precisión en cada cosa: una carta no fechada, un documento no firmado, siempre le irritaban igualmente que cualquier cosa descuidada, hecha a costa del menor esfuerzo o la buena de dios. “Haz bien toda cosa que comiences y llévala hasta el final”. Y por regla general no establecía ninguna diferencia entre los insignificantes trabajos cotidianos y el trabajo intelectual: llevad vuestros razonamientos hasta sus conclusiones, tal es la expresión que volvía a menudo a su pluma. Siempre prestaba mucha atención con la salud de quienes le rodeaban. La salud es un capital revolucionario que no se debe dilapidar. Entraba en cólera al ver a alguien leer con poca luz. “Es necesario arriesgar vuestra vida sin dudar por la revolución, pero ¿para qué arruinar vuestra vista si podéis leer confortablemente y sin problemas?”

Las conversaciones de Trotsky

En sus entrevistas con Lev Davidovich, el visitante se veía sorprendido principalmente por su capacidad para orientarse en una situación nueva. Era capaz de integrarla en su perspectiva general y, al mismo tiempo, siempre daba una opinión inmediata y práctica. Durante su tercera emigración a menudo tuvo ocasión de entrevistarse con visitantes venidos de país de los que no tenía un conocimiento directo, fuese de los Balcanes o de América Latina. No siempre conocía la lengua ni seguía su prensa y no había siempre dedicado un particular interés a sus problemas específicos. En primer lugar pedía a su interlocutor hablar de ellos en primer lugar, escribiendo algunas breves notas sobre ello en un pequeño papel, planteando a veces preguntas sobre algunos detalles: “¿Con cuántos miembros cuenta ese partido?” “¿Este político no es un abogado?”

Después, él hablaba y la masa de las informaciones que se le habían dado se organizaba. Muy pronto se podía distinguir los movimientos de las diferentes clases y de las diferentes capas en el interior de esas clases y, después, ligado a esos movimientos, aparecía el juego de los partidos, de los grupos y organizaciones y, por fin, el lugar y las actividades de las diversas figuras políticas en función de su profesión y de sus rasgos personales, se encontraban lógicamente integradas en el cuadro. El naturalista francés Cuvier se vanagloriaba de ser capaz de reconstruir un animal entero a partir de un solo hueso. Con su inmenso conocimiento de las realidades sociales y políticas, Trotsky podía dedicarse a un trabajo parecido. Su interlocutor siempre

quedaba impresionado al ver cómo era capaz de penetrar profundamente en la realidad de un problema particular y abandonaba el despacho de Trotsky conociendo a su propio país un poco mejor.

En todo momento se encontraba en Trotsky una enorme acumulación de experiencia, no simplemente gravada en su memoria sino reflexionada y organizada larga y profundamente. También se podía ver que la organización de esta experiencia se había hecho alrededor de principios indestructibles. Aunque odiaba la rutina, aunque estaba siempre ansioso por descubrir nuevas vías, la menor tentativa en el reino de los principios le hacía aguzar el oído. “Recortar la barba de Marx”, tal era su expresión para todas esas tentativas de alinear al marxismo con la corriente de moda, y no disimulaba su desprecio hacia ellas.

El estilo y la escritura de Trotsky

El estilo de Trotsky es admirado universalmente, con quien mejor se puede comparar es con Marx. Sin embargo, las frases de Trotsky son menos amplias que las de Marx, en las que todo el mundo percibía la riqueza de la erudición, especialmente en sus trabajos de juventud. El estilo de Trotsky alcanzaba sus efectos por medios extremadamente simples. Su vocabulario, sobretodo en sus escritos más especialmente políticos, es siempre bastante limitado. Las frases son cortas, con pocas oraciones subordinadas. Su potencia proviene de una sólida articulación, la mayoría de las veces por oposiciones fuertemente resaltadas pero siempre bien compensadas. Esta economía de medios le da al estilo una gran frescura y, se puede decir, juventud. En su manera de escribir, Trotsky es considerablemente más joven que Marx.

Trotsky sabía sacar ventaja de esta sintaxis rusa cuyas las inflexiones permiten cambiar el orden de las palabras en la frase dando a la expresión del pensamiento una fuerza y energía difíciles de alcanzar con los medios limitados de las lenguas occidentales modernas. Pero también difícil de traducir. Lev Davidovitch exigía de sus traductores una fidelidad matemática y al mismo tiempo respingaba contra las reglas gramaticales de las lenguas extranjeras que impedían una traducción tan concisa y directa de su pensamiento. Comparado con el de Lenin, el estilo de Trotsky es, de lejos, superior por su transparencia y elegancia, sin ningún debilitamiento de su pujanza. Las frases de Lenin, en algunos momentos se enredan, devienen muy pesadas y desorganizadas. Como si, a veces, el pensamiento paralizase su expresión. Trotsky dijo un día que en Lenin se podía encontrar al mugic ruso pero llegado al nivel del genio. Siendo que el padre de Lenin fue funcionario de provincias y el de Trotsky labrador, es Trotsky quien es habitante de las ciudades, lo opuesto de Lenin, sin duda a causa de su clase. Ello se ve enseguida en la diferencia de etilo, sin que aquí hagamos ninguna tentativa para descubrir esta misma oposición en otros aspectos de estas dos personalidades gigantescas.

Cuando Trotsky fue deportado a Turquía, el pasaporte de las autoridades soviéticas mencionaba su profesión de escritor. En verdad era un gran, un extremadamente gran escritor. Si la inscripción de los burócratas hace dibujar una sonrisa es porque Trotsky era también mucho más que un escritor. Escribía fácilmente y podía dictar durante varias horas de una sola tacada. Pero después examinaba el manuscrito y lo corregía cuidadosamente. Para algunas de sus grandes obras, como la *Historia de la revolución rusa*, hacía dos borradores sucesivos antes del texto definitivo, pero en la mayoría de los casos solo había uno. Su enorme producción literaria, en la cual se pueden encontrar libros, panfletos, innumerables artículos, cartas, apresurados comunicados a la prensa y notas de toda suerte, esta producción es, no hace falta decirlo, desigual. Ciertas partes están más trabajadas que otras, pero no se ha

descuidado ninguna frase en ninguno de sus escritos. Podéis coger cinco líneas al azar en esta enorme acumulación literaria y reconoceréis siempre lo inimitable de Trotsky.

El volumen de esos escritos es tan impresionante que aportaría por sí solo un testimonio de una muy rara voluntad y capacidad de trabajo. Se han reunido treinta volúmenes de las obras completas de Lenin, además de treinta y cinco volúmenes de correspondencia y notas diversas. Trotsky vivió siete años más que Lenin pero sus escritos, desde sus libros importantes hasta sus breves notas personales, alcanzarían seguramente el triple de esta cantidad. Durante los once años y medio de su tercera emigración acumuló un trabajo que habría llenado honorablemente toda una vida. Se puede decir que su mano nunca dejó la pluma, ¡y qué mano fue!

Vive en sus escritos

Trotsky está todo él en sus escritos. El contacto personal con el hombre que él era no modificaba el retrato que emergía de la lectura de sus libros sino que lo profundizaba y precisaba: pasión y razón, inteligencia y voluntad, todas esas cualidades estaban llevadas a un grado extremo, pero al mismo tiempo se aliaban unas con otras. Lev Davidovich actuaba en cualquier cosa de tal manera que se tenía la sensación que se volcaba todo entero. Repetía a menudo las palabras de Hegel: “en este mundo nada grande se ha hecho sin pasión”; solo tenía menosprecio hacia los filisteos que ponían peros al “fanatismo” de los revolucionarios. Pero la inteligencia siempre estaba presente, en milagrosa armonía con la llama. No se debe creer que en ello hay un antagonismo: la voluntad era indomable porque el espíritu veía muy lejos. Se podría citar otra vez a Hegel: “Der Will ist eine besondere des Denkes” (la voluntad es un modo particular del pensamiento).



Para contactar con Alejandría Proletaria: germinal_1917@yahoo.es
Visita nuestra página: <http://grupgerminal.org/?q=node/517>